



S. FRANCISCO DE ASÍS

He aquí la gran figura a la que todo el mundo cristiano ha rendido tierno homenaje en los pasados días.

¡San Francisco de Asís! el Evangelio hecho carne.

Nadie lo practicó como él.

Renunció a todo, y se hizo pobre mendigo: él llevó hasta la última perfección el desasimiento de todos los bienes temporales, para vivir enteramente abandonado a la providencia de Dios.

Renunció a toda comodidad y se abrazó con todas las austeridades.

Renunció a todo honor y a toda gloria, y cosas hizo como de loco para que todos le despreciaran.

Año XXVIII

PAX VOBIS

Zaragoza, 15 Octubre 1926

Núm. 660

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Morinaga, 5.
fábrica de toquillas (antiguo
camino del Sábado)

Toda su vida fué una renunciación completa de todo lo que ama el hombre y el mundo busca con afán incesante.

Es que todo lo vió y lo apreció desde el punto de mira de Dios.

¿Qué es todo ante la inmensa majestad de Dios?

Cosa despreciable.

Despreciables los tesoros de la tierra que eso son, un puñado de tierra.

Despreciable la gloria, que eso es, nube de humo.

Despreciable la carne, que eso es, un puñado de barro.

Despreciable el hombre mismo, que eso es, saco de inmundicias y fuente de pecados.

Ante la grandeza de Dios todo es pequeño, y ante su soberana majestad, todo despreciable.

De ahí arrancan todos los desasimientos del santo, y todas sus humillaciones, y todas sus penitencias asombrosas.

Pero todas las criaturas llevan el sello de Dios, como que todas salieron de sus manos.

Dios es el Padre de todas.

Por esto llevan algo de su grandeza.

Grande es el sol que saca de los hondos senos de la tierra el pan que da la vida y las flores que la hermean.

Grande el mar con sus abismos insondables.

Grande la flor con sus colores y sus perfumes.

Grande el pájaro, que alegra los espacios con sus gorjeos.

Grande todo, porque en todo hay una participación de las perfecciones divinas.

¿Cómo no amarlo todo?

¿Ni cómo dejar de sentirse hermano de todas las criaturas, que, como nosotros, de las manos de Dios salieron?

De ahí arranca aquella sencillez encantadora del Santo con que llamaba hermano al lobo, y hermano al cordero, y hermana al agua.

Pero de entre todas las criaturas, la más hija de Dios es el hombre.

El hombre que vino a la vida, no por la sola palabra creadora de Dios, sino por el soplo con que El le infundió vida semejante a la suya.

Por esto es el hombre la más grande de las criaturas que Dios colocó sobre la tierra.

Todas están bajo él.

Pero por esto más que por otra cosa alguna, porque tiene un corazón capaz de amar a Dios, y dispuesto para esto precisamente.

¡Si precisamente lo que Dios le pide eso es, que le ame, y no de cualquier manera, con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas!

Y de ahí arranca el amor del santo a Dios.

Amor tiernísimo como el de un hijo.

Amor apasionado como el de un enamorado.

Amor fuerte como el de un alma divinizada.

Por encima de toda renunciación.

Por encima de todo sacrificio.

Por encima de la misma muerte.

¿Quién como San Francisco de Asís llevó a la práctica de su vida la sublime perfección del Evangelio?

M. DE SANTA CATALINA.

¡¡LA MADRE!!!

Ven aquí, mala pieza;
Ven a mi lado;
Ven aquí, que a disgusto
Me matarás.
Si es inútil que corras,
Recondenado;
Si no me importa nada,
Si ya vendrás.

¿Te parece bonito
Cómo te has puesto?
Si por mucho que llores
No te hago caso.
No me digas mamica,
Que lo que es esto,
Primero me hacen trizas
Que te lo paso.
Como el oro lo puse
Hace media hora;
No había ni uno solo
Más limpio en misa;
¡Miralo el sinvergüenza
Cómo viene ahora,
Mira qué pantalones
Y qué camisa!

Pasa días y noches
Azacanada,
Porque vaya el más limpio
Y el más decente.
¡Señor, qué criatura
Tan condenada!
¿Tonto, feo, grannja,
Desobediente!
¿Te crees que tu madre
Roba el dinero?
Esto se ha terminado,
Mal hijo, ¡ea!
Quitate de mi lado
Que no te quiero;

Quitate de mi vista,
Que no te vea.

¡Miralo cómo juega,
Mira qué hermoso;
Mirale esos ojazos
Y esas pestañas!
¿Quién te quiere, alma mía,
Niño precioso,
Lucero, rey y príncipe
De las Españas?

Brilla en todo su rostro
Cara de santo,
Y hay en su hermosa cara
Luz de arreboles.
¿A quién quieres, rey mío,
Mi dulce encanto,
Ricuras, azucena,
Sol de los soles?

Siempre que sus enredos
Dócil confiesa,
Y siempre que sus labios
Dicen mentira,
No hay quien tenga su gracia
Cuando me mira,
Ni quien sea tan dulce
Cuando me besa.

Rompe, rasga y ensucia,
So trapacero,
Que con tus travesuras
Dichas me tomo.
Ven aquí, entrañas mías,
Bello lucero,
¿Que lo pillo y lo mato!
¿Que me lo como!

MARCIAL.



—Macario, Macario.
—Presente, aquí estoy.
—Pero ¿qué es eso, ya te has cansado de las fiestas?
—No, *siñor*, de las fiestas no me canso nunca; lo que me canso es de dormir bajo el puente y *dir* a comer al cuartel, por las sobras.
—Pero ¿es posible?
—Y tan posible.
—¿De modo que has dormido debajo del puente de piedra, como pobre que no tiene casa?
—Una cosa así.
—Pero ¿y tus amigos, el tío Francisquico, por ejemplo?
—Bueno está, gracias. La que no está tan *güena* es su mujer. El tío Francisquico quería que me quedara, pero su mujer... no me la nombre, es una hiena.
—Pues ¿qué te ha pasado con ella?
—Dende que pisé su casa, aún no

l'hi visto *güena* cara. Le pregunté cómo estaba, ¿*usté* ha recibido la contestación?; pues yo *veuceversa*; me *golvió* la espalda y aún no l'ha *güello* a *golver*; aún s'gue cara el norte. Barruntó que iba yo con mala intención, con la de *quedame* a comer y a dormir en su casa, con el tío Francisquico. Me recosté, porque estaba medio muerto, en una pajera, y dende allí lo oí todo: "Que yo tenía cara de *espanao*; que si m'habían de mantener a pienso, lo menos gastaría tres pesetas diarias; que si m'había hecho un calderico de sopas y me las *había* comido todas y aún m'había *quedao* con gana (lo cual tenía más razón que un santo); que era caballo de *güena* boca con muchas groserías, si, me *paice* que dijo eso, groserías; que un hombre así debía *dir* a comer a un *prao*; que me echara de casa, porque allí no podía es-

tar; que ella se moriría de asco *na* más de *veine* comer y que, si yo no m'iba, se iría ella; que no *cogíamos* los dos en un costal y que, sobre todo, *pa* comer, quería tener el pesebre bien lejos del mío". Yo creí que le pegaba al tío Francisquico. ¿Ve *usté* tan arrogante que *paice* y tan tieso cuando va por ahí?; pues delante de su mujer *paicia* un conejo, de *acoqui-nao* que estaba. —Calla, calla, decía el tío Francisquico, que te va a oír Macario y después todo se sabrá. —Eso quiero yo, decía su mujer, que m'oiga ese *escarabajo* qu'ha de ser mi ruina si sigue en esta casa un día entero—. Estuve por salir y *cantale* las cuarenta; pero me callé como un muerto, no fuera que me las cantara ella a mí. Conque, cuando estuve a solas con el tío Francisquico, le dije: "Mire, *siñor* Francisquico, ya sabe *usté* que *semos* amigos...". "Mira, Macario, me contestó, eso de amigos no lo nombres; *haste* cuenta que no me conoces". Conque le contesté y le dije: "Hombre, eso de no *conocelo* no *pué* ser, porque siempre *nus* *himos* *tenio* mucha *lay*. Yo con *usté* me estaría *to* la vida; pero, amigo mío..." Y me quitó la palabra y me dijo: "*Güeno*, ya t'hi dicho que eso de amigo lo *pues* suprimir". Conque yo le dije: "*Güeno*, *siñor* mío, con *usté* *to* lo que quiera; pero está *usté* *casao* con una fiera y, francamente, aunque a *usté* le sepa malo, yo no *puó* estar aquí". Conque me salta: "No, hombre, no; qué me va a saber malo; si no deseo otra cosa... y cuanto antes, mejor; si *pué* ser esta mañana, no aguardes a la tarde, ¿lo oyes?" Ya lo creo que lo oía, que nuestro *Siñor* m'ha *dao* un oído de tísico que oigo *to* lo que no me conviene. Yo decía: ¿pero es este el tío Francisquico de otros tiempos, que m'aconsejaba tan bien y me quería como un padre? Conque me despedí y me marché; ni siquiera salieron a despedirme hasta la puerta de la calle. Bajando yo la escalera, aún oí que la mujer aquella que *paicia* una culebra, le decía al tío Francisquico en voz baja: "¿Qué pelma, Francisco, qué pelmazo m'has traído, y ¿tragón?, si está dos días más, nos hunde; gracias a Dios que se va. Y no te ocurra otra vez *trailo* por aquí, porque yo daré el escándalo ache"; —no sé qué escándalo será ese, pero así lo dijo—. "Y nada, nada, o él o yo sobramos en esta casa. Porque eso no es una *presona*, eso es una caballería, un verdadero macho". Estuve por *golverne*, pero como estaba casi en la entrada, me eché a la calle, con el corazón *apretao* como una ciruela y casi a punto de llorar como un crío. Conque entonces oí las trompetas de la diana que salía; pero ¡ganas tenía yo de diana ni de cuernos!, que *dende* la *vispra* no *había* *probao* *bocao* de caliente. Conque m'acordé de Miguelico, el chico del tío Fabián, que *himos* sido amigos *dende* que *nus* conocemos y su madre *paice* que m'aprecia, y dije: "Voy a ver si la *siñá* Escolástica m'hace un perolico de sopas y caliente un poco este estómago, que se m'está bajando a los talones. Y me recibieron bien, muy bien, con mucha alegría, como si les llevara el premio gordo de la lotería. Pero apenas les dije que m'iba a quedar allí por unos días, la *siñá* Escolástica la primera,

se concharó con un servidor, y con mucho aquel dijo: "Pero ¿tú t'has creído que esto es la posada? Paice mentira que haga tantos años que vives en Zaragoza y no conozcas las calles. No, Macario, esta casa no es la posada, ni lo ha sido en su vida, ni lo será mientras yo me valga. Ahora, si es que llevas merienda y quies que te la caliente... Pero en nosotros no confies; apenas podemos mal comer; conque pon una boca más, y ¡qué boca, que paice un granero, que metes y metes y nunca se llena! No, hijo, pa ir a la limosna, aún hay tiempo. Miguelico, mi chico, que es más güeno que el pan, muy amigo tuyo, sí, pero de ahí no pases, ni me toques la marina, que no estoy por dar de comer a gandules". Y miusté, cuando dijo *gandules*, así, con toas sus letras, me se pusieron de pie to los pelos de la cabeza, y le dije: "Siñá Escolástica, no sabe usté con quién se come la paja; soy capaz de no icile adiós cuando la encuentre por la calle". Conque me contestó: "No, hijo mio, no; m'harás un *grandismo* favor si no me dices nada". Casi me saltaron las lágrimas. Y me fui, ¿a dónde dirá usté que me fui; con las trompetas de la diana, que venían tocándome detrás, como si fuá un entierro? Pues no, señor; me fui al cuartel, a por las sobras.

—Por Dios, por Dios, Macario, hijo mio. ¿Qué necesidad había de todo eso?

—Pues ya verá usté. Les dije a los *soldaus*: "Muchachos, que soy Macario, a ver si tenis por ahí algo que no sus haga falta mayormente. Y vino un *soldao* que llevaba dos tren-cillas en la manga del capote y me dijo con malos modos: Conque tú eres Macario; toma, pues, esto que no m'hace ninguna falta y no tengo cambio. Y m'arreó un puntapié, que aún me duele, de recio. Y añadió: Esto en lugar de diana; si quies más, llégate a mediodía. ¡Vaya unas fiestas! y a todo esto sin comer, que m'iba *caindo* por las calles, a *piazos*. Y acordándome de que venía la noche; de que la cena estaba más allá de Barcelona y de que me estaba esperando *pa* dormir la primera arcada del puente de piedra. Y mientras iba hacia el puente, m'ocurrió el decirme: "pero ¿quién me mete a mí en estos líos de fiestas, que al fin y al cabo las estoy pagando yo?"

—Mira, Macario, ¿a que no adivinas a quién te pareces, de flacucho y derrotado que te veo?

—Ya lo sé. A nuestro Señor Jesucristo, que no lo querían recibir en la Tierra baja cuando nació, y tuvo que nacer en un corral.

—Oye, pero ¿en dónde crees que nació nuestro Señor Jesucristo?

—En Caspe.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Yo lo sé de güena tinta.

—Pero ¿quién te lo ha dicho?

—Uno que asistió al bautizo.

—No eres tú mal bautizo, mame-luco. Pero ¿es posible que aún no sepas que nuestro Señor Jesucristo nació en Belén?

—Eso dicen los de Caspe, porque les da vergüenza de no haber recibido a nuestro Señor como correspondía; pero la *verdá* es que nació allí, u si no allí, cerca, muy cerca de Caspe, a lo más en *Calatayú*.

—Calla, idiota, que me da ver-

güenza y me estás poniendo en ridiculo. No, no, tú en nada te pareces a nuestro Señor Jesucristo. A quien tú te pareces ahora, en el presente momento histórico...

—¿En qué?

—Nada, digo que a quien tú te pareces ahora es a uno de esos gatos que se van de casa perdidos y pasan quince días por los tejados, sin dormir y sin comer, y vuelven a casa hambrientos, flacuchos y hechos una miseria.

—¡Rediez a un gato! Y ¿no tenía usté otra cosa a mano a quien *comparame*?

—Tú has sido un equivocado; tú creías que, una vez en la calle, todo el mando se te iba a disputar, te iba a llevar a su casa y allí serías tratado a cuerpo de rey. Creías que tenías muchos amigos, y amigos, hijo mio, amigos de verdad, hay muy pocos; los cuentas con los dedos de la mano y te sobran nueve dedos y medio. Mientras les entretienes, mientras les diviertes, si, tendrás algunos; pero nada más para eso, para divertirse contigo. Pero en el momento que tú te conviertes en una carga, ya empiezan a hacerte el ser-río; pronto, muy pronto, no te dirigen la palabra, lo cual quiere decir que estás de más, que debes irte, de lo contrario acaban por morderte. Tú, si fueras una persona de mundo, hubieras empezado por no creerte la mitad de la mitad, de la amistad que te manifestaban. Por otra parte, hijo mio, has de tener presente que a las almas delicadas...

—Como la mía, por ejemplo.

—No, como la tuya, no.

—¿Que no? Cláveme una aguja y verá si tengo delicada la mano.

—No dije la mano, sino el alma. Digo que a las almas delicadas nada las molesta tanto como el molestar a los demás.

—A mí, *veuceversa*, lo que más me molesta es que me molesten.

—Tú no debiste poner a prueba una amistad en la que nunca debiste creer; así no te hubieras llevado el terrible desengaño que acabas de sufrir.

—Otra vez ya me fijaré bien.

—No, hombre, no. No vuelvas a caer en la misma trampa. En absoluto, no cuentes con nadie, más que con Dios, que es Padre v... nada más, hijo mio, nada más. Tú quiere a todo el mundo, pero no molestes a nadie, si puede ser. Todos dejarán de quererte desde el momento que te conviertas en una cruz.

—Pero cuando se conoce bien a una persona...

—Y ¿cuándo se conoce bien a una persona? Conoci, en cierta ocasión a un organista de una célebre catedral. Le oí tocar mucho tiempo, y siempre el órgano me parecía nuevo. Y se le dije: —¿en qué consiste que, en sus manos, este órgano siempre es nuevo y distinto?— Y me contestó: —En que tiene muchos registros, con los cuales siempre se pueden hacer nuevas combinaciones—. Así te digo yo; el hombre es como un órgano de infinito número de registros; siempre se oyen en él registros insospechados. No te empeñes, pues, en llegar a conocer bien a las personas. Sé bueno y humilde y déjate guiar por Dios; es la única manera de conocer todos los registros, por complicado que sea el órgano. Dios

es el único que conoce todos los registros del gran órgano del Universo que está fabricado en sus talleres.

—Mire, señor, si le parece, dejaremos los órganos esos, que ya estoy canso de música y veré a ver si encuentro algo por ahí que arregle una miaja el órgano de mi cuerpo.

—Anda, anda, desdichado.

EL MAGO.



ECOS DEL SAGRARIO

¿En qué medida hemos de amar a Dios?

El mandamiento lo dice: *con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas*.

Cristo desde la Cruz te lo está diciendo: *como Yo a ti, hasta la muerte*.

Te lo está diciendo también desde el Sagrario: *como Yo a ti, dándote todo entero*.

Todo es uno y lo mismo.

¿Medida de amar a Dios? la que señalaba San Francisco de Sales: *amarle sin medida*.

No basta ser llevados por Dios, es preciso *dejarse* llevar.

Dios nos lleva a todos, queramos o no, a sus fines: que sean de misericordia o de justicia, esto depende de nosotros.

¿Nos dejamos llevar? a fines de misericordia es.

¿No nos dejamos llevar? a fines de justicia nos lleva.

Los unos y los otros son para su mayor gloria.

¿Qué desdicha no someterse a lo que Dios dispone y no abandonarse plenamente a su voluntad!

Porque ese someterse y abandonarse es dejarse llevar.

¿Qué tienes distracciones? que son muchas tus miserias?

Has olvidado una cosa, que los pobres tienen que resignarse a vivir a lo pobre.

Aunque esto no quiere decir que no deben trabajar para *mejorar de fortuna*.

M. DE SANTA CATAINA.

Acabamos de editar el
SEGUNDO TOMO

de

Pensamientos Eucarísticos

por M. de Sta. Catalina

Su precio es 1'75 ptas. en rústica

EL REINO DE DIOS

REVISTA DEDICADA A LA CONGREGACIÓN DE HERMANAS DE LA CARIDAD DE SANTA ANA

(CONTINUACIÓN)

EPILOGO

En todo lo que precede he procurado demostrar que santo equivale a señor.

Adán en el Paraíso era santo, es decir, amigo de Dios; como tal señor reinaba en el mundo, cuyas leyes obedecían a su mandato.

Tengo por cierto que el calor y el frío, la lluvia y el rocío, el huracán, la brisa, todos dependían de sus órdenes.

Pero se impuso el diablo al hombre, que se hizo esclavo de sus mandatos. Si, Dios, por el pecado, dejó de tener señorío sobre el hombre y, en aquel instante, el hombre perdió el señorío sobre la creación; las leyes por que se rige este mundo dejaron de obedecerle y el hombre, en lugar de señor, ha resultado su esclavo. El calor le abrasa, el frío le hiela, la lluvia le molesta, el agua le ahoga.

De donde el hombre resulta esclavo de los elementos, no señor de ellos.

Como un criado que, por su infidelidad, ha perdido la confianza del señor y, en el mismo momento, el señor le retira las llaves y le abandona a la suerte de los esclavos, no de otro modo, en vista de la traición de Adán, le retiró las llaves que abren los secretos del Universo, quedándose en la condición de un extraño a la casa, de un esclavo más.

Pero el hombre, por la gracia de Jesucristo, se aparta del diablo, renuncia a su dominio y a su despótica tiranía y, entonces, el cielo suele concederle otra vez el señorío que perdió. Y muchas veces es la única señal que tenemos los hombres para conocer que el hombre ha vuelto a reconciliarse con Dios, puesto que le ha devuelto el señorío. Y sin querer, viene a la memoria un San Antonio de Padua, mandando a la tempestad que no llueva para que no se moje su auditorio; la llamada a los paízaros y a los peces de la mar, que parecen oír atentos su palabra: me haría interminable, si siguiera por este camino.

Al ver a tantos santos pasearse por el mundo, si no como verdaderos amos, si como verdaderos señores,

dueños de todos los secretos y poderes del mundo, no podemos menos de exclamar: Si éstos no son los amos, no cabe duda que son unos verdaderos señores, a quienes el Amo del mundo les ha confiado sus tesoros.

Y para la misma Iglesia es una señal de la santidad de alguno de sus hijos el verles que realmente han recobrado su señorío, dominando las leyes de la creación.

El milagro no es otra cosa que el señorío sobre las leyes por que se rige la naturaleza y, por ese señorío, la Iglesia viene en conocimiento de que alguno de sus miembros es santo, o señor.

La Iglesia no se fía de las apariencias y, por grandes que sean los motivos para juzgar que una persona es santa, mientras no ve en sus manos la llave que le ha abierto los secretos de la creación, que sólo Dios puede darla; es decir, mientras Dios no la canoniza, la Iglesia no pasa a declararla como inscrita en el Catálogo de sus santos.

Ese señorío, real y positivo, es parte del *ciento por uno* que el Señor prometió al primero de los apóstoles, cuando éste preguntó al Maestro: *He aquí que nosotros hemos dejado todas las cosas, ¿qué será de nosotros?*, es decir, ¿qué vamos ganando? ¿Cuál será nuestro jornal?

El Maestro contestó: *En verdad, en verdad os digo que vosotros que habéis dejado todas las cosas y me habéis seguido, recibiréis, en esta vida, el ciento por uno y después la Vida eterna.*

Y por eso, como la mayor parte de los hombres no se determinan a trabajar sin saber antes, como Pedro, el jornal que van a ganar, es por lo que he puesto al frente de este tratado la parte principal del jornal que Dios da al que trabaja en su viña, esto es, en su servicio; que no es otro dicho jornal que devolverle el señorío que perdió con los intereses acumulados en tantos años de esclavitud.

Si, el servicio fiel al Señor tiene por recompensa el reinar efectivo en todo su ser personal y, de todo cuanto le rodea, si así conviene a tal reinado.

En todo esto, yo no he hecho más que glosar aquellas palabras de la Iglesia: *Servire Deo regnare est.*

Y vamos ahora a tratar de todos los enemigos de este gran señorío de las almas, para dejar el camino limpio de fantasmas.

NARDO.

(Continuará).

CONGRESO DE TOLEDO

Cuando EL ECO DE LA CRUZ salga otra vez, habrá tenido lugar el Gran Congreso Católico de Toledo bajo la presidencia del Excmo. Sr. Arzobispo de la Sede Primada de las Españas.

Allá va un abrazo a todos nuestros hermanos reunidos en torno al Santísimo Sacramento de nuestros altares, Centro, Motor y Vida de la vida, en la Iglesia de Jesucristo.

Y por eso la Iglesia no es más

que una, porque uno solo es el corazón que es principio de esa vida.

¡Viva el Corazón de Jesús!

Las heridas a la Eucaristía son heridas mortales, como todas las heridas del corazón.

Gracias que el Corazón de Jesús es inaccesible a las heridas de los hombres, motivo por el cual la Iglesia es inmortal.

Suponemos que nuestros lectores se habrán hecho socios, por lo menos espirituales, para ganar las muchas indulgencias concedidas.

Deseamos a todos largas y copiosas bendiciones de lo alto.

Franqueo concertado

EL ECO DE LA CRUZ

Administración: Pilar, 5.—Zaragoza.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

De	1	ejemplar de cada número, al año,	2°00.
2	"	"	3'00
3	"	"	3'75
4	"	"	4'50
5	"	"	5'00
10	"	"	10'00
15	"	"	13'75
20	"	"	17'25
25	"	"	20'50
30	"	"	23'50
40	"	"	29'50
50	"	"	35'50
75	"	"	48'00
100	"	"	60'00

Biblioteca de EL ECO DE LA CRUZ

Esta Biblioteca ha sido premiada con diploma y medalla de plata en la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza.

OBRAS PUBLICADAS

- "La Eucaristía y la Comunión diaria", por el M. I. Sr. D. Juan Buj, 2 ptas.
 "El Cristo del Hogar", drama sacro, por Julio Ascanio, 0'50 ptas.
 "El Judío Errante", por Julio Ascanio. (Agotado).
 "La Bruja Blanca". Obra premiada en el concurso Villahermosa-Guaqui. 5.ª edición. Los dos partes en un solo volumen, 2'50 ptas.
 "Las Aventuras del Diablo", por Julio Ascanio, 2 ptas.
 "Memorias de un socialista", por Julio Ascanio. (Agotado).
 "La Araña o la Casa del crimen", novelita social de gran interés, por Julio Ascanio, 0'75 ptas.
 "El hombre misterioso", por Julio Ascanio, 0'50 ptas.
 "El Mago". Tomo 1.º (Agotado).
 "El Mago". Tomos 2.º, 3.º y 4.º, con 200 páginas y cartas de Macario, 2 ptas. cada uno.
 Colección de "Pensamientos Eucarísticos y lecturas piadosas", por A. Estel y M. de Santa Catalina. Edición aumentada. (Agotado). (Próxima a aparecer).
 "El hogar en cenizas", por D. Rafael Pamplona, 150 páginas, 2 ptas.
 "Desde mi Cartuja y mi Tebaida", por Nardo, 4 ptas.
 "Dos Vocaciones", por Marina, 2 ptas.
 "La Sombra de Jesús". Leyenda histórica, por D. Rafael Pamplona, 0'50 ptas.
 Prohibida la reproducción de los trabajos y novelas de esta Biblioteca, sin permiso del autor.

Recomendamos eficazmente la meritísima Revista mensual

JUEVES EUCARISTICOS

órgano oficial de la Archicofradía del mismo nombre. Son 16 páginas de selecta doctrina eucarística. Precio ordinario de suscripción, 2 ptas. al año, en esta misma casa, Pilar, 5. Telef. 1.573. Zaragoza.

Tin Gambón: Canfranc, 3 Zaragoza